

ECOS DE LA ERA DEL JAZZ
Y OTROS ENSAYOS

UNA ENTREVISTA CON EL SR. FITZGERALD¹

CON la firme intención de sorprender al Sr. Fitzgerald, subí al piso veintiuno del hotel Biltmore y llamé a la puerta con ademanes de camarero contumaz². Al entrar, la primera impresión fue de caos, una suerte de confusión como la que uno encuentra en un mercadillo de beneficencia. Un joven se encontraba de pie en el centro de la estancia, mirando distraídamente, primero a un lado de la habitación, luego al otro.

—Dónde habré puesto el sombrero —murmuraba, aturdido—. Cómo está usted. Pase. Siéntese en la cama, por favor.

El autor de *A este lado del paraíso* es de complexión fuerte, ancho de hombros, y su estatura apenas supera a la media. El pelo, algo ondulado, es rubio, y tiene los ojos vivos y verdes, con cierto aire nórdico. Es guapo, lo que me des-

¹ Publicado originalmente como una falsa entrevista el 7 de mayo de 1920 en el diario *The New York Tribune*, este texto apareció en la revista *The Saturday Review* cuatro décadas después, en noviembre de 1960. Se traduce por primera vez al español en este volumen.

² Lujoso hotel neoyorquino de veintiséis plantas, ubicado en la calle 43, donde los Fitzgerald se alojaron por primera vez durante su luna de miel, cuando la dirección les instó a cambiar de alojamiento por molestar al resto de los huéspedes; construido en 1913, fue demolido en 1981.

coloca, porque de alguna manera me esperaba un individuo de nariz afilada, con lentes.

Si hubo preliminares, los omitiremos. Consistieron en perseguir una serie de objetos por toda la estancia: cigarrillos, una corbata azul con lunares blancos, un cenicero. Pero como era evidente que estaba de lo más dispuesto a largar y parecía receptivo a responder a todas mis preguntas, nos lanzamos de cabeza a dirimir cuestiones literarias.

—¿Cuánto tiempo le llevó escribir su libro? —comencé diciendo.

—Redactarlo, tres meses; concebirlo, tres minutos. Hacer acopio de lo que en él se cuenta: una eternidad. La idea de escribirlo se me ocurrió el pasado uno de julio. Supuso un ejercicio de descongestión por vía interpuesta.

—¿Qué se dispone a escribir a continuación? —pregunté. Dio un largo suspiro y se encogió de hombros.

—Qué sé yo. El alcance, la profundidad y la amplitud de mis escritos está en manos del destino. Lo natural es que la inspiración llegue de forma natural, a través de la curiosidad: así es como Shaw se nutrió de economía política o Wells devoró tratados de ciencia moderna. Lo que es en la preparación en sí misma, es decir, en la documentación sobre el tema, no poseo lo que se dice una fe inquebrantable. Todo descubrimiento ha de clamar por ser descubierta, debe implorar que sea uno quien acceda a donde se encuentra. Entonces, estoy dispuesto a bucear en esas aguas sin descanso, como he hecho hasta ahora.

—¿No podría ser más explícito?

—Bueno, usted me entenderá, si es que ha leído mi libro. En él me he dedicado a navegar a través de las más diversas corrientes del egoísmo adolescente. Pero lo que deseo aclarar es que, si los grandes temas no logran entusiasmarme, se debe al hecho de que no estoy hecho para ellos. Esa lucha consciente por encontrar nobleza en la actualidad, por enterrar la importancia del tema en la ampulosidad de lo percibido, de forma que surja una *opera mag-*

na incontestable, del estilo de *El anillo y el libro*, pues qué quiere que le diga, eso es la antítesis misma de lo que yo pretendo cuando me siento a escribir—³. Y una cosa más —prosiguió—. Mi objetivo es y será siempre resultar interesante a mi generación. Un escritor que se precie, en mi opinión, debe escribir para la juventud de su época, para la crítica de la siguiente y para la inteligencia de todas las épocas. Debe intentar mejorar lo que imita en cuestiones de estilo, decantarse por lo más acertado de entre su propia interpretación de los acontecimientos, lo cual constituye el material del que se alimenta su obra. Entonces obtenemos un ingenio de primera.

—¿Es que acaso espera usted formar parte de la gran tradición literaria? —cuestioné, tímidamente.

Se emocionó. Sonrió mostrando toda la dentadura. Vi que también tenía una respuesta preparada para aquello.

—No creo que exista eso que usted llama la «gran tradición literaria» —exclamó—. La única costumbre que termina sobreviviendo es la desaparición gradual de cualquier forma de costumbre, literaria o no. El hijo letrado, si es listo, acaba matando a su propio padre.

Después de aquello, siguió hablando entusiasmado sobre cuestiones de estilo.

—Y por estilo me refiero al color —aseveró—. Ojalá uno pudiera hacer lo que quisiera con las palabras: armar descripciones cortantes y contundentes como hace Wells, emplear las paradojas con la claridad de Samuel Butler, con la amplitud de Bernard Shaw o con el ingenio de Oscar Wilde. Evocar los amplios cielos sofocantes de Conrad, las puestas de sol doradas y los locos cielos acolchados de Hichens y Kipling, los amaneceres color pastel y las luces

³ Magno texto de unos 20 000 versos publicado en 1868-1869 por uno de los grandes poetas ingleses del siglo XIX, Robert Browning, inspirado por un asesinato acaecido en Roma en 1698.

crepusculares de Chesterton, por poner un ejemplo⁴. Si quiere saber lo que pienso, me considero un ratero reincidente en cuestiones literarias, un redomado ladrón, un apasionado saqueador de los mejores métodos de los escritores de mi generación.

La entrevista concluyó en este punto, cuando aparecieron cuatro jóvenes de rostros filisteos y corbatas con tintes conservadores que, mirándose unos a otros, se intercambiaron guiños. El Sr. Fitzgerald vaciló, antes de descomponerse.

—La mayoría de mis amigos son... son como estos cuatro —susurró mientras me conducía a la puerta—. Si le soy sincero, no me interesa lo más mínimo lo que piensan los escritores. Si le digo la verdad, me ponen de los nervios.

No me ha salido una mala entrevista después de todo, ¿no les parece?

⁴ En este párrafo se enumera a figuras de las letras británico-irlandesas del cambio de siglo que marcaron al joven Fitzgerald: H. G. Wells (1866-1946), recordado por clásicos de la ciencia ficción; Samuel Butler (1835-1902), autor de novelas como *Erewhon* (1872); George Bernard Shaw (1856-1950), galardonado con el Premio Nobel por obras de teatro como *Hombre y superhombre* (1903), que Fitzgerald citará años después en su ensayo «Al restaurar las piezas» (véase nota 449); Oscar Wilde (1854-1900); el anglopolaco Joseph Conrad (1857-1924), cuyas novelas tanto influirán en *El gran Gatsby*; el hoy olvidado novelista Robert Hichens (1864-1950); Rudyard Kipling (1865-1936), que en 1907 había sido el primer autor anglófono en obtener el Nobel; G. K. Chesterton (1874-1936), gran autor católico de la época.

QUIÉN ES QUIÉN Y POR QUÉ⁵

LA historia de mi vida es la historia de una lucha entre la imperiosa necesidad de escribir y la combinación de circunstancias que se aliaban para impedírmelo.

Cuando vivía en St. Paul y tendría unos doce años⁶, dedicaba todas las clases a garabatear las páginas en blanco de mi libro de texto de Geografía e Historia y Primero de Latín, los márgenes de las unidades, y junto a las declinaciones y los problemas de álgebra. Dos años después, en una reunión familiar, concluyeron que la única forma de obligarme a estudiar era enviarme a un internado. Pero aquello fue un error. Si bien me apartó de la escritura, me ayudó a decidirme por el fútbol americano, por fumar, por ir a la Universidad, por emplearme, en resumidas cuentas, en ese tipo de cuestiones irrelevantes, que nada tienen que ver con la esencia de la vida, algo que, por aquel entonces, consistía en la mezcla adecuada de descripción y diálogo propias del relato corto.

⁵ Texto publicado originalmente el 18 de septiembre de 1920 en el semanario *The Saturday Evening Post* que el autor cedió de forma gratuita.

⁶ Ciudad del estado de Minnesota (en la zona del Medio Oeste) en la que el autor nace en 1896, aunque luego tenga nula presencia tanto en su vida como en su obra.

Pero en aquel colegio emprendí mi camino en la dirección adecuada⁷. Desde que vi una comedia musical llamada *The Quaker Girl*⁸, en mi escritorio comenzaron a apilar-se los libretos de Gilbert y Sullivan⁹, junto a docenas de cuadernos de notas que contenían el germen de docenas de comedias musicales.

Casi al final de mi último año en la escuela, encontré la partitura de una nueva comedia musical sobre un piano. Era un espectáculo llamado *His Honor the Sultan*¹⁰, y, junto al título, se leía la información adicional de que había sido representada en el Triangle Club de la Universidad de Princeton¹¹.

⁷ En septiembre de 1911, Fitzgerald ingresó en la Newman School, un selecto internado católico del estado de Nueva Jersey; obtuvo calificaciones mediocres, pero conoció al padre Fay y a uno de sus mejores amigos, Charles 'Sap' Donahoe, al que años después elogiará en su ensayo «Al restaurar las piezas» (1936), incluido en este volumen.

⁸ *La chica cuáquera*, comedia musical inglesa de trama romántica estrenada en octubre de 1911 en el neoyorquino Park Theatre; al inicio de su ensayo «Mi ciudad perdida» Fitzgerald evoca a la actriz protagonista, Ina Claire.

⁹ El libretista W. S. Gilbert (1836-1911) y el compositor Arthur Sullivan (1842-1900) crearon musicales cómicos de enorme éxito en la Inglaterra de finales del siglo XIX, como *H. M. S. Pinafore* (1878), *Los piratas de Penzance* (*The Pirates of Penzance*, 1879) o *El mikado* (1885).

¹⁰ Fitzgerald vio un día en la escuela Newman el libreto de *His Honor the Sultan*, una obra de absurda trama orientalista montada por la compañía The Triangle Club, y se propuso escribir un libreto similar, imitando el estilo de Gilbert y Sullivan (Brucoli, *Some*, 31).

¹¹ Fundada en 1891, esta compañía universitaria de teatro musical es una de las más prestigiosas de Estados Unidos, y cada año estrena una obra escrita por el alumnado que luego gira por el país. Aunque sus problemas académicos le impidieron presidir la compañía, Fitzgerald escribió las letras para tres musicales consecutivos: *Fie! Fie! Fi-Fi!* (1914-1915), *The Evil Eye* (1915-1916) y *Safety First* (1916-1917), recopilados por Brucoli y Bryer. Otros ilustres miembros del Triangle Club fueron los actores James Stewart y José Ferrer, el crítico Edmund Wilson o el escritor Booth Tarkington.

Con eso bastó. A partir de entonces quedó resuelta la cuestión universitaria. Encaminaría mis pasos a Princeton¹².

Pasé aquel primer año escribiendo una opereta para el Triangle Club. Para poder terminarla, suspendí Álgebra, Trigonometría, Geometría de Coordenadas e Higiene. Pero a cambio, el Triangle Club aceptó mi libreto, y gracias a las clases particulares que recibí aquel mes de agosto que pasé enclaustrado, logré volver convertido en un estudiante de segundo curso que actuaba de chica del coro. Al poco tiempo tuve que parar. Mi salud se deterioraba por momentos¹³ y tuve que dejar la universidad en diciembre para pasar el resto del año en el Oeste, recuperándome¹⁴. Casi el último recuerdo que tengo es haber escrito, antes de partir, la última letra de una canción para la producción del Triangle de aquel año, estando en la enfermería, en cama, con fiebre alta.

Al curso siguiente, 1916-1917, ya estaba de vuelta en la universidad, pero había decidido para entonces que la poesía era lo único que merecía la pena, así que, mientras que en mi cabeza resonaban los versos de Swinburne y las estrofas de Rupert Brooke, pasé la primavera escribiendo sonetos, romances y rondeles hasta altas horas de la madrugada¹⁵. En algún sitio había leído que los grandes poetas ha-

¹² Como se indica en la Introducción, otras opciones barajadas por los padres del autor fueron la universidad de su estado natal, Minnesota, o la de Georgetown, prestigiosa institución jesuita ubicada en Washington D. C. en la que cursara estudios el actual monarca español.

¹³ Al igual que suele hacer en sus ensayos, Fitzgerald omite que en las vacaciones de su tercer año en Princeton hubo de dejar la universidad no solo por problemas médicos, sino también académicos.

¹⁴ Tal como haría un lustro después en *El gran Gatsby*, Fitzgerald alude de forma confusa a la zona de su Medio Oeste natal como el Oeste, seguramente para evocar misterio y aventura.

¹⁵ La poesía fue la primera pasión literaria de Fitzgerald, aunque sus versos carecen del aliento lírico de su prosa. Algernon Charles Swinburne (1837-1909), crítico y poeta londinense de mediados del siglo XIX afamado —como aquí se destaca— por el ritmo y la cadencia de sus

bían escrito sus mejores poemas antes de alcanzar los veintiún años. Así que me quedaba un año y, además, la guerra golpeaba a las puertas. Debía apresurarme, pues, a publicar un poemario digno de tal nombre antes de que el conflicto me engullera.

Al llegar el otoño, me hallaba en un campo de entrenamiento para oficiales de infantería en Fort Leavenworth, había descartado la escritura de poemas y albergaba una nueva ambición: escribir una novela imperecedera¹⁶. Todas las noches, en la libretita que ocultaba detrás de los *Small Problems for Infantry*, me dedicaba a redactar un párrafo tras otro, una suerte de historia de mí mismo, en la imaginación¹⁷. El esquema constaba de veintidós capítulos, cuatro de ellos en verso. Llegué a terminar dos, pero entonces me descubrieron y se acabó el juego. Y no pude escribir más durante aquel período de formación.

Lo cual se convirtió en todo un contratiempo. Apenas me quedaban tres meses de vida —en aquellos días todos los oficiales de infantería pensábamos que solo nos quedaban tres meses de vida— y no había dejado huella alguna de mi paso por la existencia. Pero aquella acaparadora ambición mía no la iba a frustrar una conflagración mundial. Todos los sábados a la una de la tarde, al terminar el trabajo semanal, corría al Club de Oficiales¹⁸, y justo allí, en un

versos. Fallecido en la guerra, Rupert Brooke (1887-1915) fue uno de los modelos poéticos de Fitzgerald y el penúltimo verso de su poema «Tiare Tahiti» le proporcionó el título a la novela *A este lado del paraíso* (*This Side of Paradise*).

¹⁶ El 20 de noviembre de 1917, Fitzgerald llega al campamento de Fort Leavenworth (Kansas) para recibir adiestramiento militar a las órdenes del futuro presidente Dwight Eisenhower; en sus ratos libres escribe su primera novela, entonces titulada *The Romantic Egoist*.

¹⁷ Manual de adiestramiento castrense editado por el gobierno estadounidense durante la Primera Guerra Mundial.

¹⁸ Durante el segundo semestre de 1918 fue ascendido a primer coronel en Camp Sheridan, instalación militar a las afueras de Montgomery,

rincón de la estancia atestada de humo, parloteo y crujir de papel de periódico, redacté durante los fines de semana de tres meses consecutivos un relato de ciento veinte mil palabras. No pude, sin embargo, revisarlo. No hubo tiempo. Cada vez que terminaba un capítulo, lo enviaba a Princeton, para que lo mecanografiaran.

Mientras tanto me dedicaba a vivir en aquellas páginas emborronadas a lápiz. Los simulacros, las marchas y las insignificantes cuestiones de la infantería eran apenas una vaga ensoñación. Había logrado poner en aquel libro toda mi alma.

Así que me incorporé a mi regimiento de lo más contento. Al fin había logrado escribir mi libro. Ahora podía continuar el conflicto, si así lo deseaba. Me olvidé durante una época de párrafos y pentámetros, de símiles y silogismos. Llegué a ser primer teniente, obtuve condecoraciones en ultramar, y fue entonces que los editores me escribieron diciendo que, aunque *The Romantic Egoist* era el manuscrito más original que habían recibido en años, no podían editarlo¹⁹. Se trataba de un texto pueril, que no llegaba a conclusión alguna.

Seis meses después, llegué a Nueva York y dejé mi tarjeta de visita en las oficinas de siete editores para que me contrataran como reportero. Acababa de cumplir veintidós años, la guerra había terminado y yo quería dedicarme, por las mañanas, a seguir el rastro de un asesino cualquiera y, por las noches, a escribir relatos. Pero los periódicos no me necesitaban. Enviaron a sus oficinistas para decirme que no les hacía falta. Habían decidido, de manera tan definitiva como irrevocable, y solo por cómo sonaba mi nombre en la

la ciudad del estado de Alabama donde vivía Zelda Sayre; parece ser que los demás oficiales se burlaban de él.

¹⁹ Título original de la primera novela escrita por Fitzgerald, inicialmente rechazada por la editorial Scribner's y posteriormente aceptada, tras ser revisada, ya con el título de *A este lado del paraíso* (1920).

tarjeta de presentación, que yo estaba incapacitado para ser reportero.

A cambio, me convertí en publicista por noventa dólares al mes, pergeñando esos eslóganes que ayudan a entretener el tedioso transcurrir de las horas en los tranvías rurales²⁰. Después del trabajo me dedicaba a mis cuentos, de marzo a junio²¹. Reuní diecinueve en total; el más rápido lo redacté en hora y media; el más lento en tres días. Ninguna editorial los compró, nadie me envió una carta de su puño y letra. Llegué a tener ciento veintidós tarjetas de rechazo pinchadas en un panel que rodeaba mi habitación. Escribí guiones. Escribí letras de canciones. Escribí prolijos proyectos publicitarios. Escribí poemas. Escribí gags. Escribí chistes. Hacia finales de junio incluso vendí un relato por treinta dólares.

El cuatro de julio, hastiado conmigo mismo y con los editores, me volví a mi casa en St. Paul y comuniqué a mi familia y allegados que había renunciado a mi puesto de trabajo y regresaba a casa para escribir una novela. Asintieron educadamente, cambiaron de tema y me trataron con condescendencia. Pero esta vez sí que sabía lo que tenía que hacer. Por fin tenía una saga entre manos que acabar, y durante dos calurosos meses estuve trabajando en ella, revisando, compilando, corrigiendo. Y el quince de septiembre me informaron por correo urgente que *A este lado del paraíso* había sido aceptada²².

²⁰ En febrero de 1919 deja el ejército y, al no encontrar empleo como periodista, trabaja en una agencia neoyorquina de publicidad, Barron Collier, donde trabaja cuatro meses redactando anuncios, aunque de noche escribe relatos y otros textos breves.

²¹ El primer relato que logró vender fue «Babes in the Woods», publicada en septiembre de 1919 en *The Smart Set*, prestigiosa revista dirigida por George Jean Nathan y el influyente crítico H. L. Mencken; los treinta dólares que obtuvo los gastó en un traje y en regalos para su novia Zelda.

²² El 16 de septiembre de 1919 el editor Maxwell Perkins le comunicaba por carta que Scribner's había aceptado su primera novela con estas

Durante los dos meses siguientes logré terminar ocho relatos y vender nueve. El noveno lo aceptó la misma revista que lo había rechazado cuatro meses antes. Luego, en noviembre, me compraron mi primer cuento los editores de *The Saturday Evening Post*²³. Cuando llegó febrero les había vendido media docena. Después apareció mi novela. Más tarde me casé²⁴. Y ahora paso la mayor parte del tiempo preguntándome cómo ha sido posible todo lo anterior.

Y en palabras del inmortal Julio César: «Eso es todo lo que hay. Y no hay nada más»²⁵.

palabras: «Creo que lo ha mejorado usted enormemente. [...] El libro es tan diferente que es difícil predecir cómo se venderá, pero estamos todos a favor de arriesgarnos y apoyarlo con vigor» (cit. Kuehl, *Dear*, 21).

²³ El relato «Cabeza y hombros» («Head and Shoulders») apareció el 21 de febrero de 1920 en *The Saturday Evening Post*, el popular semanario de tirada masiva que durante años publicó a Fitzgerald y le convirtió en uno de los autores mejor pagados del país, como se indica en la Introducción.

²⁴ El escritor contrajo matrimonio en Nueva York el 3 de abril de 1920, una semana después de publicar su primera novela, *A este lado del paraíso*.

²⁵ Posible broma del autor, pues estas palabras se popularizaron en Estados Unidos porque la afamada actriz de teatro Ethel Barrymore las solía pronunciar al final de sus actuaciones, desde que en 1904 las añadiera por error al representar la obra *Sunday* (West, *My Lost*, 223).

TRES CIUDADES²⁶

LA primera vez fue en París. Me refiero a esa fugaz intuición, tan literaria como impostada, de que todo se oscurece alrededor. Nos limitamos a recrear paso a paso un antiguo prejuicio y, siendo rubios los dos, lanzamos nórdicas miradas de desprecio al ajetreado grupo de morenitos que nos rodeaban. Habíamos dejado Norteamérica a merced de algo menos de la mitad del uno por ciento de sus norteamericanos, pero la savia temperamental, tan pertinaz como malsana, se empecinaba en brotar de nuestras venas, así que nos apresuramos a hervir de rechazo ancestral ante todo lo francés. Solíamos sentarnos frente a la morada de Anatole France una hora entera, con la sola esperanza de ver salir de ella al anciano caballero, pensando, al mismo tiempo, que cuando este pereciera, el orgullo y la gloria francesa desaparecerían con él²⁷. Solíamos conducir a través del Bois de Boulogne, considerando a Francia esa niña rebelde y mimada que, habiendo mantenido a Europa

²⁶ Texto publicado originalmente en el boletín de septiembre-octubre de 1921 de *Brentano's Book Chat*. Se traduce por primera vez al español en este volumen.

²⁷ Anatole France (1844-1924), novelista francés que recibió el Premio Nobel en 1921, el mismo año en que los Fitzgerald intentaron verlo. En 1923 Fitzgerald incluiría su novela *Thais* (1880) en el listado de sus diez libros preferidos.

en un estado de duermevela durante doscientos años, había pasado los últimos cuarenta exigiendo refuerzos para culminar sus innúmeras batallas, de modo que el continente siguiera siendo una ciénaga infecta tanto tiempo como a Francia le viniera en gana²⁸.

En la librería Brentano, cerca del Café de la Paix, adquirí un ejemplar censurado del *Genius* de Dreiser por tres dólares²⁹. Con la excepción de *El Titán*, fue la que más me gustó de sus cinco novelas, a pesar del absurdo episodio aquel de la Iglesia de la Ciencia Cristiana que tiene lugar en las últimas páginas³⁰. Nos quedamos en París el tiempo suficiente para acabar de leerla.

Italia, que es para un inglés lo que Francia para el estadounidense medio, estaba de fiesta. «La gente adora detestar lo que ama», solía decir un cómico francés, así que me alegró ver que Italia dejaba atrás cuatro años de nocivos deseos reprimidos. En Florencia, apenas pudimos culpar a un escuadrón de soldados italianos por reducir a una seño-

²⁸ Uno de los parques más extensos de Francia, hoy ubicado en la zona oeste de París (en el distrito XVI), creado por Napoleón III a mediados del siglo XIX.

²⁹ Sobre Brentano, véase nota 41 de la Introducción. Construido en 1862 y situado junto a la Ópera, el Café de la Paix es un lugar emblemático de la geografía parisina por el que han desfilado personalidades de la cultura como Guy de Maupassant, Émile Zola, Oscar Wilde o Marlene Dietrich. *Genius* era la quinta novela de Theodore Dreiser (1871-1945), nombre clave del Naturalismo estadounidense; claramente autobiográfica, al publicarse en 1915 la obra fue censurada por su contenido sexual, hecho al que aquí se alude. Su autor fue uno de los primeros referentes nacionales de Fitzgerald, que dos años después de escribir este ensayo acudiría a una fiesta en casa de Dreiser en estado de embriaguez.

³⁰ Con *El financiero* (1912) y *El estoico* (1947, póstuma), la extensa *El Titán* (1914) forma la 'trilogía del deseo' de Dreiser, protagonizada por Frank Cowperwood, un hombre de negocios sin escrúpulos de Chicago. Sin duda influido por la reseña que Mencken publicara de la novela, Fitzgerald critica la presencia en *Genius* de la Iglesia de la Ciencia Cristiana, credo protestante fundado en 1875 por el que Dreiser se interesara puntualmente (Newlin, 63-64).

ra de Omaha que no estaba dispuesta a ceder su compartimento a un coronel³¹. ¡Abrase visto! ¡La muy descarada! ¡No saber hablar italiano! Así que difícilmente pudimos reprochar a los *Carabinieri* una indignación tan consecuente. Y en cuanto a las dos o tres bofetadas que le dieron a la dama en cuestión, qué quieren que les diga, cosas que pasan.

Como la tradición de los embajadores estadounidenses en Roma se ha mantenido durante algún tiempo en línea directa con la mejor literatura sentimental de nuestra patria, no dudo que incluso puede que estos encontraran cierta cordialidad compensatoria en el comportamiento de aquellos traviesos *Bersaglieri*³².

Residimos en Roma dos semanas, suficientes para sucumbir al encanto del lugar. Dos semanas aguantamos, a pesar de que podríamos habernos ido a los dos días. Quiero decir que nos hubiéramos pirado nada más llegar de no habernos quedado sin blanca. En esas circunstancias coincidimos un día, por la calle, con John Carter, el autor del cuento «These Wild Young People», que me extendió un cheque por mil liras³³. Nos las gastamos en pomada. Porque esa es la única industria que prospera en Roma, la de la pomada, pues todos los huéspedes de los dos mejores hoteles de la urbe sufren de lo que los gerentes llaman el acoso de unos «mosquitos que se cuelan por las mosquiteras».

No es así como los llamamos en Estados Unidos.

El propio John Carter nos prestó *Alice Adams* y nos la fuimos leyendo el uno al otro en voz alta, a la sombra de

³¹ Cuna de Malcolm X, Marlon Brando o Montgomery Cliff, Omaha es la principal ciudad de Nebraska, estado rural del oeste que aquí parece sugerir cierta vulgaridad.

³² Cuerpo de élite de la infantería italiana creado en 1832 en cuyo uniforme destaca un sombrero de ala ancha con plumas.

³³ En septiembre de 1920, la influyente revista mensual *The Atlantic* había publicado un artículo con este título, una encendida defensa de la generación nacida con el cambio de siglo firmada por John F. Carter, Jr.

la Casa de Julio César. Y si no hubiera sido por la tal Alicia hubiéramos perecido en Roma por consunción, como ha sucedido antes con tantos otros talentos literarios con menos suerte. Y es que *Alice Adams* compensa con creces el pueril heroísmo de *Ramsey Milholland* o el espiritismo burlesco de *El cuarto mandamiento*³⁴. Después de haber llevado a cabo tres valientes intentos de abrirnos paso a través de *Moon-Calf*, fue todo un alivio leer a alguien que supiera redactar³⁵.

Previo pago al revisor de un soborno de mil liras para que engañara a un viejo general y nos cediera su compartimento (la sugerencia fue del revisor, no nuestra) logramos dejar atrás Italia.

—¿*Vous avez quelque chose que déclarer?* —oí preguntar bien temprano, a la mañana siguiente, a los funcionarios de aduanas (solo que ellos lo hicieron en un francés impecable).

Aquello logró despertarme, no sin esfuerzo, de un sueño poblado de indigentes italianos.

—*Oui!* —acerté a exclamar—. *Je veux déclarer que je suis tres, tres heureux a partir d'Italie!*

Y así pude comprender la razón última por la que todo francés adora a Francia: porque, sin duda, ha visitado Italia.

No era la primera vez que visitábamos Oxford. Volvíamos después de haber estado en la República italiana. Lle-

³⁴ Olvidado hoy día, Tarkington (1869-1946) fue un destacado novelista estadounidense del primer cuarto del siglo xx al que Fitzgerald trató en Princeton. Obtuvo sendos Premios Pulitzer con novelas que aquí se mencionan: *The Magnificent Ambersons* (1918) y *Alice Adams* (1921); *Ramsey Milholland* era un texto probélico publicado durante la guerra mundial. Tras triunfar con *Ciudadano Kane*, Orson Welles adaptó *The Magnificent Ambersons* (*El cuarto mandamiento*, 1942), película despreciada en su momento.

³⁵ En su primera novela, *Moon-Calf* (1920), el escritor y periodista de izquierdas Floyd Dell (1887-1969) narra en clave autobiográfica lo que conlleva crecer en los barrios pobres de Chicago; un año más tarde, Dell publicó una secuela, *The Briary-Bush*.

gamos en un atardecer espectacular, cuando el lugar se hallaba debidamente poblado, para nuestro deleite, por fantasmas de otros fantasmas, es decir, románticos, absurdos y melancólicos personajes salidos de *Calle siniestra*, *Zuleika Dobson* o *Jude el oscuro*³⁶. Pero algo había cambiado, aunque para mal, algo que aquel sitio nunca volvería a recuperar. Porque, en realidad, era Roma lo que veían nuestros ojos; era allí, en The High, donde se proyectaban las sombras de la Via Appia³⁷. ¿Cuántos años pasarían hasta que nuestros descendientes se acercaran a estas ruinas con gesto displicente, buscando postales donde hallar seres de aquella raza infame e inferior, que una vez denominaron inglesa? ¿Cuán prontamente el dinero huye tras la población saludable y acaudalada, a la que el arte mendiga unas cuantas monedas! Se acerca tu hora, Nueva York, ¿cuánto te queda? ¿Cincuenta años? ¿Sesenta? La cabeza de Apolo, con renovadas tonalidades que nuestra generación no vivirá para conocer, se asoma con vértigo a las centurias venideras.

³⁶ Tras haber publicado un año antes una novela sobre su universidad, Fitzgerald debía estar familiarizado con estas tres recientes novelas británicas ligadas a Oxford: *Sinister Street* (1914, Estados Unidos) de Compton Mackenzie, uno de sus maestros de juventud; *Zuleika Dobson* (1911), la única novela del escritor y caricaturista Max Beerbohm; y *Jude el oscuro* (1895), la última y controvertida novela de Thomas Hardy.

³⁷ The High es el nombre con el que se conoce en la ciudad una de las principales arterias de Oxford, High Street. La más antigua y conocida calzada del Imperio romano unía Roma con el puerto de la ciudad de Brindisi, en el sureste de Italia. Empezó a construirse en el año 321 a. C., a instancias del cónsul Apio Claudio Caeco, con una extensión original de 212 kilómetros.